

de sevillana, o lo del toro de plástico con las banderillas.

Las tiendas de "souvenirs" desbordan las calles de platos, ceniceros, mecheros, libros, botas para el vino, espadas. Luego están las tiendas fotográficas, los carretes, el revelado en una hora. Y los viejos fotógrafos como ese señor que hace "retratos y reproducciones en el acto", con una de esas cámaras de madera, la misma que utilizaba en el año 1942. La suya puede que sea la peor herramienta, sin embargo son muchos los que quieren un recuerdo con esa cámara. El trabajo de este hombre, como el de casi toda Segovia está orientado al turismo.

El oro del cochinillo

Segovia está declarada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Lo cual le otorga una apertenciaturística todavía mayor. Y aún siendo invierno la gente llega en masa a Segovia. Se acercan guiados por la imagen mítica del Acueducto, construido por los romanos hacia el siglo primero antes de Cristo tras derrotar a los celtíberos, y se encuentran además de la monumental obra de ingeniería de 14 kilómetros de longitud y que abastecía de agua la parte alta de la ciudad, con un sinfín de casas y fortalezas renacentistas, y más arriba, al norte la gran fortaleza, el Alcázar, del siglo XII. El edificio ha pasado por todos los monarcas castellanos desde entonces, como residencia real, como prisión de estado, como colegio de artillería, como archivo militar y hoy día como una fuente más de riqueza para Segovia. Desde lo alto, tras subir los 148 escalones que llevan a lo alto de la torre de Juan II, se contemplan las vastas panorámicas de Castilla, la Catedral, y la ciudad.

Tras descansar cinco minutos por el esfuerzo agotador que supone para quienes estamos acostumbrados a subir y bajar en ascensor a todos los sitios, comenzamos a disparar con la cámara fotográfica. Abajo, en el Acueducto, también y quizá con mayor ímpetu. Los japoneses caminan mientras graban con sus cámaras todo lo que ven, immortalizan hasta los perros desahogándose.

se. En una ciudad así todo es digno de llevarse a casa, todo parece sacado de otro tiempo.

Todos los rincones del casco antiguo, las callejuelas y las casas son menos asediadas por los japoneses autómatas, y sin embargo en ella está la auténtica belleza de los pueblos y las ciudades, la riqueza de las gentes está en donde viven, en cómo cuidan su barrio, en cómo respetan sus calles. Las grandes construcciones, por supuesto, son más espectaculares, pero casi siempre se reducen al deseo del monarca que los mandó edificar.

Callejear por entre los arcos o por la Puerta de la Luna no enriquece directamente a Segovia, como lo haría pagar por entrar al museo de Arte Contemporáneo y visitar la exposición de pintura abstracta y en busca de lo esencial, "El color es la luz: Esteban Vicente" - hasta el 15 de abril -. No obstante la restauración y el sector de la hostelería se benefician del turismo nacional e internacional que pasea por estas calles. La oferta hotelera se resume en casi treinta establecimientos que fluctúan entre una y cuatro estrellas. Con respecto a los restaurantes la cifra es todavía superior y pueden

presumir de tener una comida cara. Encontrar un restaurante que ofrezca un menú de mil pesetas es ardua labor. En Segovia el oro alimenticio es el asado de cochinillo, plato más exquisito y caro de la gastronomía segoviana. Este sector está orientado principalmente al turista extranjero, pues el español suele llevarse el bocadillo de tortilla con patatas o con cebolla o sin huevos.

Económicamente, que es lo que suele importar a muchos, viajar a Segovia es asequible. Desde cualquier otra perspectiva, hacer una ruta desorientada por Segovia es el mejor ejercicio de perderse por la historia de España, pues en Segovia está presente toda la civilización de nuestra geografía a lo largo de los siglos. Para los más catárticos es un lugar idóneo para la inspiración. Y para los frioleros se aconseja abstenerse en invierno.



Casa de Antonio Machado



Acueducto romano